

De diciembre a la fecha

Kae D.

Las memorias me parecen ahora tan lejanas, unas veces me parecen una fantasía, otras los despojos de un sueño. El tiempo se me ha ido de entre las manos, implacable, imperioso, infatigable. A penas era diciembre. Recuerdo aún sus mañanas frías y calladas, los dedos temblorosos y los pies adormilados, una salpicada de agua fría por las mañanas era más que suficiente para abrir los ojos.

En verdad me parece un sueño distante, unas cuantas palabras en la radio que parecían describir ficciones, notas aisladas en los noticieros que parecían sacadas de una novela, recuentos de muertes que parecían noticias falsas, en diversos medios se hablaba ya de un brote de coronavirus en la distante China. Incluso hacíamos bromas entre compañeros de la oficina en la cena de año nuevo “Y el murciélago, ¿a qué hora lo sirven?”, “Ni que fuéramos chinos, ¡pendejo!”. Todos reíamos, disfrutábamos la cena y compartíamos luego nuestros mejores memes sobre el coronavirus. Iniciado 2020, los meses avanzaron vertiginosamente, a escasos días de junio, se siente que los meses se han ido en un parpadeo.

Durante todo el mes de enero, Julia no reparó en vocear la información más relevante sobre el coronavirus en el mundo, se mantuvo fiel a su compromiso de mantenernos informados aún contra nuestra voluntad. Pero, quién podría culparla, debíamos estar enterados, la oficina corporativa se encontraba después de todo en China, y en los propios correos se nos notificaba del progresivo proceso de aislamiento por el que debían pasar nuestros colegas en el este asiático.

Por momentos, el fantasma de la inicialmente llamada *gripe porcina* de 2009 rondaba. Supongo que la mayoría aún lo sentía así. Yo era entonces una adolescente, recuerdo que se cancelaron las clases de secundaria y las medidas a nuestro retorno parecían un tanto exageradas. Pero lo cierto es, que uno alcanza a vislumbrar el caos que se avecina, hasta que pasa. Seguramente no fui la única que se imaginaba que esto sería de nuevo como el 2009, unas cuantas semanas y luego a regresar a la normalidad.

Cuando empezaron a incrementarse las cifras de infectados y muertos en otras regiones fuera de Asia, la situación parecía un tanto más grave. Los privilegiados que iríamos a Panamá la primera semana de febrero, ya no nos sentíamos tan privilegiados, esa barrera invisible que uno se crea para mantener el peligro alejado se sentía cada vez más endeble, al menos yo así lo sentía, no era la única.

Lo platique varias veces con Fernanda en nuestra hora de comida, la creciente preocupación y la de nuestras familias ante el riesgo del contagio en el aeropuerto. Yo en realidad nunca había estado en uno, mi entusiasmo era más fuerte que el miedo a ratos, pero Fernanda insistía en que deberíamos cancelarlo, negarnos a asistir, al menos comprar cubrebocas y de ser posible ir en traje aislante. Quizá su miedo venía de las llamadas diarias que le hacía su madre desde Francia para decirle que no fuera al viaje, o quizá su hermana, estudiante de medicina en España le había confiado algo que yo ignoraba.

Al final con temores e incertidumbres compartidas, el viaje se llevó a cabo tal como estaba programado. Me había preparado para un escenario un tanto más dramático, pero la verdad, en los aeropuertos, solo unas cuantas personas llevaban cubrebocas. Durante el abordaje muchas personas miraban con desconfianza a quienes denotaban algún rasgo asiático, no he de negar que yo también mostraba cierto recelo.

Verónica y yo lo contamos después como una anécdota de *sobreviviente*, pero cuando nos quedamos atascadas unos minutos en la zona de bebidas junto a los sanitarios, tratábamos de mantenernos lo más alejadas posibles de una mujer asiática que quedó varada junto a nosotras. No sé si fue mi imaginación, pero parecía que Verónica contenía la respiración, lo del traje aislante parecía entonces una magnífica idea. Recordé escena de la última película de zombis que miré y así empezaba, me reí histérica conmigo misma.

Nadie lo decía en voz alta, pero se temía que la dueña de la empresa y su esposo, ambos residentes en Hong Kong, pudieran estar contagiados y a su vez contagiar a los miembros de las cinco oficinas latinoamericanas reunidas. Ellos eran los convocantes, quién podría negarse a estrechar sus manos, rehuir de un abrazo si la actividad lo ameritaba, sentarse en su misma mesa si era requerido. Tras retornar al país y mantenernos en vilo durante los 14 días siguientes, respiramos aliviados de no habernos contagiados, aún con los abrazos

fraternales, con las convivencias matutinas y nocturnas, con las noches de fiesta y las actividades compartidas, no sucedió.

Cuando alguien estornudaba dentro de la oficina se gritaba en coro “coronavirus”, una suerte de conjuro para que al bromear se mantuviera alejada la enfermedad. Recordar el rostro de la jefa cada que alguien mencionaba el tema del coronavirus y los muertos en China lo hacía sentir más real, la preocupación de su mirada, la forma en que se acariciaba las manos, saber que ya había contagios registrados en Estados Unidos y en Brasil, eso nos confirmaba su existencia. Incluso los escépticos ya dudaban.

A finales de febrero se anunciaba en México el primer contagio, al poco tiempo casos reportados en el Estado de México. Coronavirus era el tema de las mañanas, del mediodía y de las tardes, entre líneas podía escucharse el eco de un “estamos jodidos”, que nadie pronunciaba, aún hacíamos bromas, aún reíamos, pero cada uno ya se preocupaba a su manera. Personalmente me rehusaba a saludar de beso en la oficina, no faltaba quien se ofendía. Incluso procuraba la distancia con los jefes que habían realizado un viaje a Monterrey a mediados de febrero. Si desde ese momento hubieran presentado a *Susana Distancia*, talvez no me habrían tachado de exagerada, pero en realidad eso ya no importa.

Lo que para mí significo *home office* en marzo, luego de declarada la pandemia mundial y la segunda fase en México, para otros significo despidos, cese de sus actividades, temor. No se me borra la tristeza en la cara de doña Rita, cuando supo que dejaríamos de asistir a la oficina, “Si, ustedes pueden trabajar desde casa, pero yo sin trabajo ¿qué voy a hacer?” Nos reclamaba angustiada cuando nos mostrábamos felices de poder aislarnos.

La verdad ninguno pensaba en la señora de la limpieza cuando exclamábamos jubilosamente que nos mandaran a trabajar desde nuestras casas, en algunos casos más por pereza que por preocupación al contagio. Su miedo era totalmente fundado, como haría ella para ganarse la vida y poder comprar alimentos que al menos nosotros nos garantizábamos con nuestras quincenas, ni asegurada esta la pobre, a ella le pagan por semana. Trabajar para recibir un pago, eso es lo indispensable para ella.

Me sentí un tanto más aliviada cuando la vi el 13 de abril, última vez que fui a la oficina por la caja de cubrebocas que nos obsequió la empresa y un monitor que necesitaba. Supe que ayudaba en una tienda de conveniencia que está en la parte baja del edificio, una de esas tiendas que nunca cierran. Ella sigue expuesta al contagio, pero de no trabajar quién se responsabilizaría de ella, ese día le di unos cuantos pesos que llevaba encima y luego reaccione que pude haberle regalado también unos cubrebocas, yo en adelante tendría menos necesidad de salir y ella en cambio los necesitaría todos los días, poco vale lamentarme, un deje de egoísmo me aborda cuando pienso que en realidad nada de esto es mi culpa.

Del mes de abril recuerdo muy poco, algunas veces me invade la locura y me siento a punto de perder la cabeza. En las horas de trabajo trato de mantenerme enfocada. A veces parece que las paredes se estrechan y que el aire se acaba, pero responder correos, hacer llamadas, y mantenerse en contacto con los compañeros de la oficina ayuda a no pensar tanto.

Durante las tardes trato de plasmar el caos de mi cabeza en letras, intento dibujar, mirar una serie o dedicarme a alguno de mis tantos *hobbies*, pero cada día cuesta trabajo sentir que ayuda en algo quedarse en casa, sobre todo cuando hay niños jugando en la calle, grupos de jóvenes tomando en la esquina, transeúntes por doquier, es como si mi ventana solo fuera una pantalla por la que veo pasar la vida.

Me he cuestionado mucho últimamente el haberme ido a vivir sola, me he planteado la posibilidad de regresar con mis padres, al menos en lo que dura la contingencia, pero sería un tanto injusto. ¿Qué tal si soy uno de esos casos asintomáticos y sin querer porto el virus y los contagio?

Mi padre ha tenido antes problemas respiratorios, dolores en el pecho y dificultad para respirar. No sería capaz de ponerlo en riesgo. Mi madre con sus múltiples males también podría estar propensa. Ni que decir de mi hermano, aunque él poco se enferma, me preocupa que su sistema inmune no estuviera preparado para resistir semejante enfermedad. Por ahora me he de conformar apoyándoles con un poco de dinero. Prefiero que sea así, aunque ellos maldicen que se estén restringiendo los tianguis donde venden, el no poder salir, yo lo agradezco, sé que aún corren riesgo cuando sale alguno de ellos a comprar alimentos, pero al menos me tranquilizo pensando que están un tanto más seguros, que no deben preocuparse

por temas de dinero, que podré verlos una vez que todo esto termine, podré abrazarlos. Eso espero.